

Carta a una ex querida

Dante Dazai



Capítulo 1

Todo ha cambiado desde que nos alejamos. Tú cambiaste para bien; yo cambie para mal ante tus ojos y los míos, ante los de los demás ya te superé. Dejé atrás los principios de rockstar a los seis meses de recurrir a tu fuente que me dotaba de apego a las personas, pasión y amor propio. Me divorcie de los excesos, mi mirada fija en el vacío de la soledad y el desinterés hacia los demás para poder dejar de ser amantes y disfrutarte ante todos.

A su padre no le gustaba mi aspecto y a su madre no le gustaba mi legajo porque la vecina le habría comentado alguna de mis famosas anécdotas, las cuales eran producto de lo deshumanización que sentía y de las que me enorgullecía. Pero a ella no le importaba nada de lo que dijeran de mí, siempre fantaseé con permanecer de espectador cuando me defendía ante las ofensas que caían sobre mis hombros. Me hacía sentir querido, el eje de su mundo y el motivo de su creación, sentía que si alguna vez llegara a faltarle me buscaría hasta más allá de lo que toda película romántica ha llegado. Como me equivoque, como nos equivocamos...

Los mejores soldados suplicaron por su vida al caer frente al pelotón enemigo, los mejores astronautas se arrepintieron al llegar al espacio y observar lo desconocido, los más creyentes vendieron su fe ante la primera injusticia, las putas más profesionales se llegaron a enamorar de sus clientes y nosotros llegamos a pensar que sería para siempre con solo decirlo.

Su estado de ánimo era indescifrable, su sonrisa que siempre acompañaba con una pequeña inclinación de su cabeza a noventa grados, su alegría y desenfreno adolescente eran increíblemente imposibles de admirar. Muchas veces, en alguna discusión que teníamos por alguna estupidez inmadura, caí rendido ante sus encantos de mujer. Me sentía tonto e impotente. El hombre que no haya sucumbido ante los caprichos de una mujer nunca conoció el amor o nunca conoció de verdad a una mujer.

Fue la droga que más abstinencia me causó. No me refiero a extrañarla y llorar por su pérdida, era mi cuerpo que quería más de ella. Quería poseerla de vuelta. Abrazarla, besarla, hacer uso de mis cinco sentidos hasta el cansancio.

¿Cuántas veces me habré engañado diciéndome –Esta será la última vez que piense en ella. Conseguiré otra igual o mejor-? Pero para mi infortunio, no hay dos de ellas en esta realidad. Conocí varias mujeres que no le llegan ni a los talones. Varias que querían lo que ella tuvo. Varias que quisieron sentir el afecto que le brindé, que trataron de abrir mi corazón, pero no eran expertas en desarmar bombas. No todas tienen el

tacto de ella.

Cuántas me habrán dado sexo hasta el cansancio, hasta el hartazgo, hasta sobrepasar sus límites propios, pero ninguna llegó a satisfacerme. Si supieran que tu mirada me satisfacía más allá que cualquier posición, que cualquier fetiche, que cualquier lencería o talla de corpiño. Tuve toda la felicidad en mi poder por dos años y la hice mía. No me arrepiento. Pero no lo volvería a hacer.